



11TH SUNDAY IN

Finding peace in the Heart of Christ.

Let us realize all the richness hidden in the words "the sacred heart of Jesus." When we speak of a person's heart, we refer not just to his sentiments, but to the whole person in his loving dealings with others. In order to help us understand divine things, Scripture uses the expression "heart" in its full human meaning, as the summary and source, expression and ultimate basis, of one's thoughts, words and actions. A man is worth what his heart is worth...

To the heart belongs joy: "let my heart rejoice in your saving help"; repentance: "my heart is like wax, it is melted within my breast"; praise of God: "my heart overflows with a goodly theme"; the decision to listen to the Lord: "my heart is ready, Lord"; loving vigilance: "I slept, but my heart was awake"; and also doubt and fear: "let not your hearts be troubled, believe in me."

The heart not only feels, it knows and understands. God's law is received in the heart and remains written there. Scripture also adds: "Out of the abundance of the heart the mouth speaks." Our Lord reproaches the scribes: "Why do you think evil in your hearts?" And, summing up all the sins man might commit, he says: "Out of the heart come evil thoughts, murder, adultery, fornication, theft, false witness, slander and blasphemy."

When holy Scripture refers to the heart, it does not refer to some fleeting sentiment of joy or tears. By heart it means the personality which directs its whole being, soul and body, to what it considers its good, as Jesus himself indicated: "For where your treasure is, there will your heart be also."

So when we talk about the heart of Jesus, we stress the certainty of God's love and the truth of his commitment to us. When we recommend devotion to the sacred heart, we are recommending that we should give our whole self to Jesus, to the whole Jesus — our soul, our feelings and thoughts, our words and actions, our joys.

That is what true devotion to the heart of Jesus means. It is knowing God and ourselves. It is looking at Jesus and turning to him, letting him encourage and teach and guide us. The greatest superficiality that can beset this devotion would be a lack of humanity, a failure to understand the reality of an incarnate God.

Jesus on the cross, with his heart overflowing with love for men, is such an eloquent commentary on the value of people and things that words only get in the way. Men, their happiness and their life, are so important that the very Son of God gave himself to redeem and cleanse and raise them up. "Who will not love this heart so wounded?" a contemplative asks in this connection. "Who will not return love for love? Who will not embrace a heart so pure? We, who are made of flesh, will repay love with love. We will embrace our wounded one, whose hands and feet ungodly men have nailed; we will cling to his side and to his heart. Let us pray that we be worthy of linking our heart with his love and of wounding it with a lance, for it is still hard and impenitent."

These are thoughts, affections and conversations which souls in love with Jesus have offered him from the beginning. But if we are to understand this language, if we are really to know the heart of man, Christ's heart and the love of God, we need both faith and humility. We need the faith and humility that prompted St Augustine to write: "You have made us for you, O Lord, and restless will our heart be until it rests in you."

If a man is not humble, he will try to make God his own, but not in the divine way which Christ made possible when he said: "Take, eat; this is my body." The proud man tries to confine the grandeur of God within human limits. Then reason, the cold, blind reason that is so different from the mind imbued with faith and even from the well-directed mind of someone capable of enjoying and loving things, becomes irrational in a person's attempt to reduce everything to his cramped human experience. Thus is superhuman truth impoverished, and man's heart develops a crust that makes it insensitive to the action of the Holy Spirit. Our limited intelligence would be completely at a loss then if the merciful power of God did not break down the barriers of our wretchedness. "A new heart I will give you, and a new spirit I will put within you; and I will take out of your flesh your heart of stone and give you a heart of flesh." Only with God's help will the soul see again and be filled with joy on hearing the promises of sacred Scripture.

"I know the plans I have for you, plans for peace and not affliction," was God's promise through Jeremiah. The liturgy applies these words to Jesus, for in him we are clearly shown that God does love us in this way. He did not come to condemn us, to accuse us of meanness and smallness. He came to save us, pardon us, excuse us, bring us peace and joy. If only we realize the wonderful way in which God deals with his children, our hearts must change. We will see opening up before us an absolutely new panorama, full of relief, depth and light.

Christ is passing by.

1º DOMINGO DEL

a verdadera devoción al corazón de Cristo

Tengamos presente toda la riqueza que se encierra en estas palabras: Sagrado Corazón de Jesús. Cuando hablamos de corazón humano no nos referimos sólo a los sentimientos, aludimos a toda la persona que quiere, que ama y trata a los demás. Y, en el modo de expresarse los hombres, que han recogido las Sagradas Escrituras para que podamos entender así las cosas divinas, el corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras, de las acciones. Un hombre vale lo que vale su corazón, podemos decir con lenguaje nuestro.

Al corazón pertenecen la alegría: *que se alegre mi corazón en tu socorro*; el arrepentimiento: *mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho*; la alabanza a Dios: *de mi corazón brota un canto hermoso*; la decisión para oír al Señor: *está dispuesto mi corazón*; la vela amorosa: *yo duermo, pero mi corazón vigila*. Y también la duda y el temor: *no se turbe vuestro corazón, creed en mí*.

El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de Dios es recibida en el corazón, y en él permanece escrita. Añade también la Escritura: *de la abundancia del corazón habla la boca*. El Señor echó en cara a unos escribas: *¿por qué pensáis mal en vuestros corazones?*. Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: *del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias*.

Cuando en la Sagrada Escritura se habla del corazón, no se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, como manifestó el mismo Jesucristo, se dirige toda ella —alma y cuerpo— a lo que considera su bien: *porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón*.

Por eso al tratar ahora del Corazón de Jesús, ponemos de manifiesto la certidumbre del amor de Dios y la verdad de su entrega a nosotros. Al recomendar la devoción a ese Sagrado Corazón, estamos recomendando que debemos dirigirnos íntegramente —con todo lo que somos: nuestra alma, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, nuestros trabajos y nuestras alegrías— a *todo Jesús*.

En esto se concreta la verdadera devoción al Corazón de Jesús: en conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos, y en mirar a Jesús y acudir a El, que nos anima, nos enseña, nos guía. No cabe en esta devoción más superficialidad que la del hombre que, no siendo íntegramente humano, no acierta a percibir la realidad de Dios encarnado.

Jesús en la Cruz, con el corazón traspasado de Amor por los hombres, es una respuesta elocuente —sobran las palabras— a la pregunta por el valor de las cosas y de las personas. Valen tanto los hombres, su vida y su felicidad, que el mismo Hijo de Dios se entrega para redimirlos, para limpiarlos, para elevarlos. *¿Quién no amará su Corazón tan herido?*, preguntaba ante eso un alma contemplativa. Y seguía preguntando: *¿quién no devolverá amor por amor? ¿Quién no abrazará un Corazón tan puro? Nosotros, que somos de carne, pagaremos amor por amor, abrazaremos a nuestro herido, al que los impíos atravesaron manos y pies, el costado y el Corazón. Pidamos que se digne ligar nuestro corazón con el vínculo de su amor y herirlo con una lanza, porque es aún duro e impenitente*.

Son pensamientos, afectos, conversaciones que las almas enamoradas han dedicado a Jesús desde siempre. Pero, para entender ese lenguaje, para saber de verdad lo que es el corazón humano y el Corazón de Cristo y el amor de Dios, hace falta fe y hace falta humildad. Con fe y humildad nos dejó San Agustín unas palabras universalmente famosas: *nos has creado, Señor, para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*.

Cuando se descuida la humildad, el hombre pretende apropiarse de Dios, pero no de esa manera divina, que el mismo Cristo ha hecho posible, diciendo *tomad y comed, porque esto es mi cuerpo*: sino intentando reducir la grandeza divina a los límites humanos. La razón, esa razón fría y ciega que no es la inteligencia que procede de la fe, ni tampoco la inteligencia recta de la criatura capaz de gustar y amar las cosas, se convierte en la sinrazón de quien lo somete todo a sus pobres experiencias habituales, que empequeñecen la verdad sobrehumana, que recubren el corazón del hombre con una costra insensible a las mociones del Espíritu Santo. La pobre inteligencia nuestra estaría perdida, si no fuera por el poder misericordioso de Dios que rompe las fronteras de nuestra miseria: *os dará un corazón nuevo y os revestiré de un nuevo espíritu; os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré en su lugar un corazón de carne*. Y el alma recobra la luz y se llena de gozo, ante las promesas de la Escritura Santa.

Yo tengo pensamientos de paz y no de aflicción, declaró Dios por boca del profeta Jeremías. La liturgia aplica esas palabras a Jesús, porque en El se nos manifiesta con toda claridad que Dios nos quiere de este modo. No viene a condenarnos, a echarnos en cara nuestra indigencia o nuestra mezquindad: viene a salvarnos, a perdonarnos, a disculparnos, a traernos la paz y la alegría. Si reconocemos esta maravillosa relación del Señor con sus hijos, se cambiarán necesariamente nuestros corazones, y nos haremos cargo de que ante nuestros ojos se abre un panorama absolutamente nuevo, lleno de relieve, de hondura y de luz.

Es Cristo que pasa.